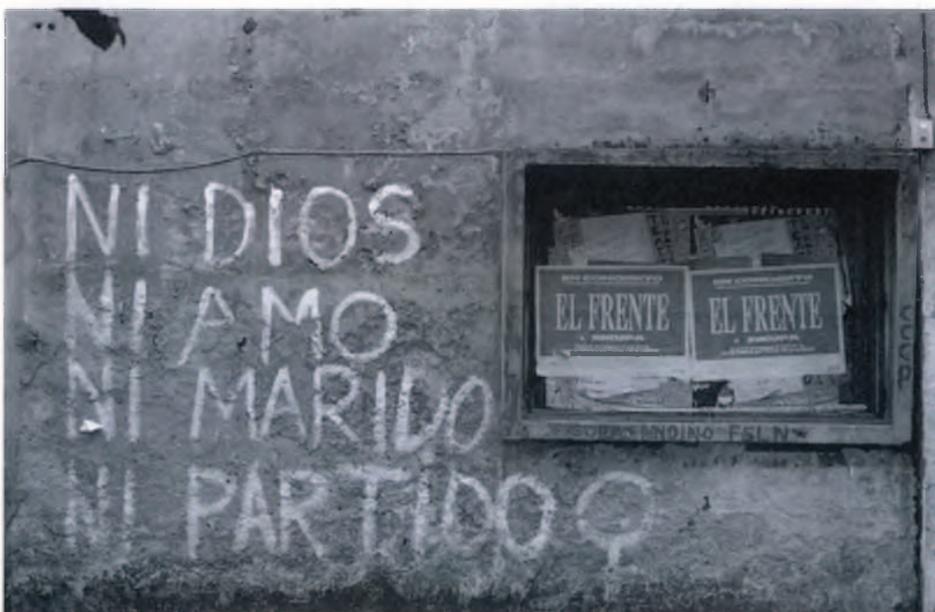


SUBTERRANEOS DE RENTERIA

Gonzalo LARUMBE GUTIERREZ

Camino, la cuesta se desvanece, y da lugar a que el principio adquiera una cierta consistencia: es una librería que busco, que busco y no encuentro, no he preguntado a nadie por ella, sospecho que existe o existió, pero quizá sólo sea una construcción inconsciente. Sueño con Savonarola, con procesiones magníficas y fiestas de una religión arcaica, las máscaras se desdibujan, el pensamiento permanece atado a la tierra. La cuesta, por momentos, adquiere implicaciones tétricas, es como el viejo rito de castración de un animal estéril. Las librerías tienen algo de maravilloso, son el punto de intersección de todos los discursos, el germen y el objeto de estos sueños locos que avanzan en dirección a lo muerto. Las oraciones, los viejos mitos, el incienso, solares diluidos en aceite, solares diluidos de fotos en blanco y negro, panfletos acumulados contra cualquier situación,

millares de pintadas, esquinas desarregladas, entre aquellas columnas fui protagonista de una historia que ignoro. Un puente de madera sobre el río Oyarzun, el bautismo de una rata, un boli y un papel, tiempos de promiscuidad ideológica, el rostro de Lenin es ametrallado con saliva en una pared de Iztietia, grandes inventos, como el sexador de rascacielos, o el repartidor de elefantes, no importa, pequeños juegos, todo tiene existencia, no tengo miedo a equivocarme, la ciudad es lo virtual, lo posible, lo pensado, lo pasado, lo imaginado, son los mil discursos que confluyen hacia las piedras. Vuelvo a la fábrica en un día oscuro de excursión, a todos se nos había olvidado, como los resultados de los partidos, los niños juegan cada domingo. Un día los estuve viendo en Tellerialde, desde 1970 veinte años jugando partidos de fútbol, 1000 partidos sin contar los entrenamientos y algún partido amistoso, pero lo curioso es que los niños no crecen, continúan, pequeños y hábiles, jugando sus partidos. Y jugarán 2000, 3000, 4000 partidos. Y se romperán las piernas. Pero entonces yo no lloraré, porque seré muy viejo, y no tendré tarjetas amarillas, ni rojas, ni un disfraz de bombero.



Fotografía: Jesús Hospitaler